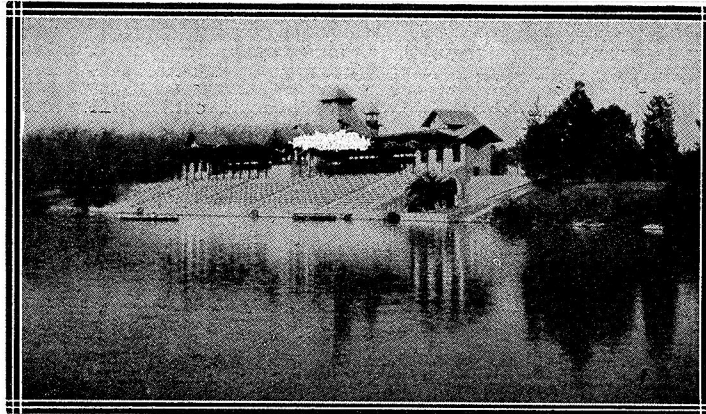
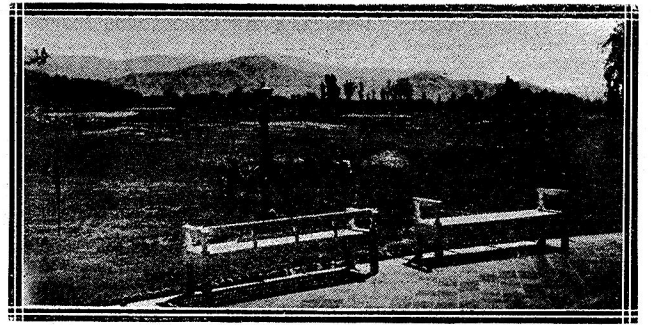




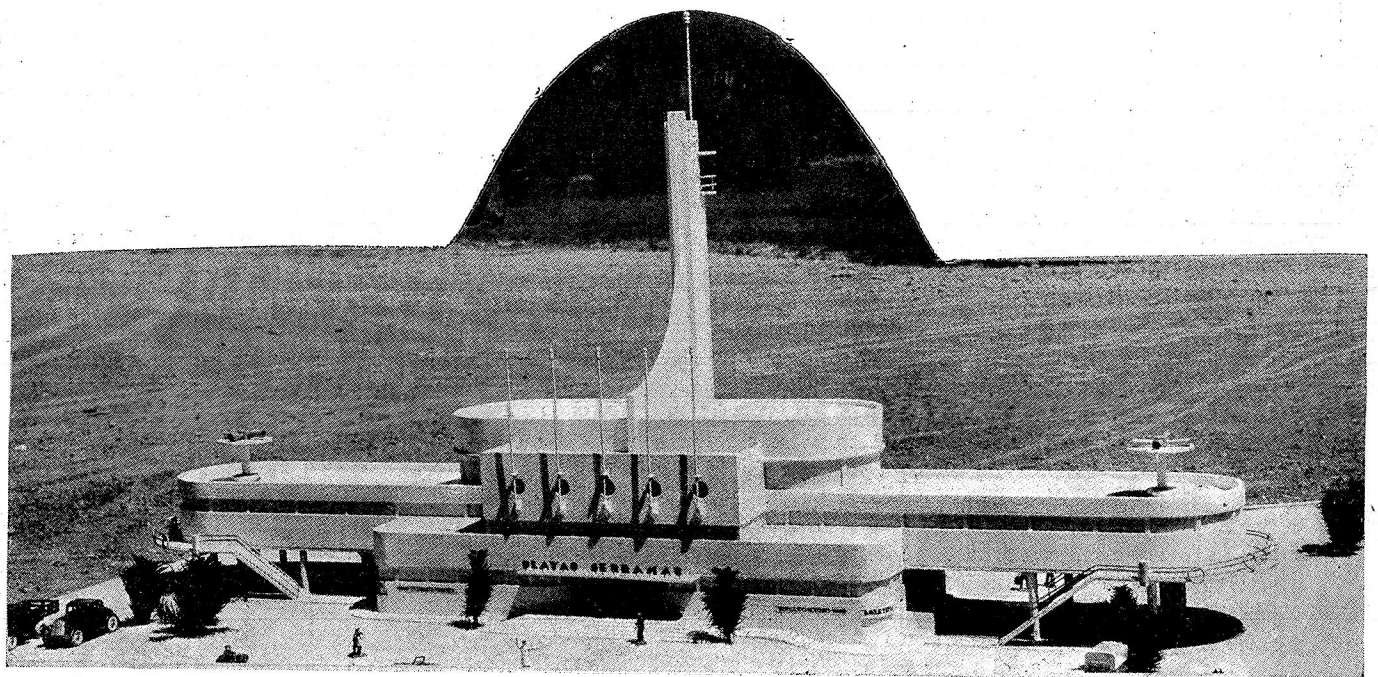
Entrada al hermoso Parque Gral. San Martín, considerado como el más espléndido del interior argentino por su obra de jardinería, de paisaje y de motivos artísticos, con su rotonda para el paseo dominguero, lago de regatas, balneario y jardín zoológico y con la visión de las alamedas que conducían al Cerro de la Gloria.



Las tribunas del Club de Regatas en el lago del Parque frente al Rosedal.



Golf Club Andino, situado en el interior del Parque General San Martín y donde se da cita buena parte de la sociedad mendocina.



Un detalle elocuente de lo que será en breve el espléndido balneario del Parque que se edifica con todas las conquistas de la cultura y de la higiene moderna, colocando una nota de utilidad indiscutida y de belleza en el conjunto del Parque General San Martín.

Clausura de las fiestas de la vendimia

Hemos de reproducir en estas páginas que volarán en manos de distintas regiones argentinas, muchas de ellas lejos, y donde no se tiene la más remota idea de lo qué es nuestra vitivinicultura, dos espléndidos discursos pronunciados durante la fiesta de la vendimia. Uno corresponde al dinámico Ministro de Industrias y Obras Públicas Ing. Romero Day, alma y animador infatigable de esta memorable fiesta y en cuyos bellísimos conceptos plenos de unión y de inspiraciones poéticas, traduce un hondo y puro sentir de enamorado de la vid y del vino en sus expresiones más nobles, y otro del Sr. Julio César Raffo de la Reta, donde también expresa en párrafos emotivos y brillantes, sentimientos y reflexiones exteriorizados en la frase atildada y elegante, dicha con vigor y elocuencia. He aquí las magníficas piezas con que se enjoyaron estas fiestas:

Del Ing. Romero Day:

Feliz apoteosis, aquélla que consagra el triunfo de la fe.

Felices los hombres que sienten la alegría de vivir. A ellos pertenecen, por mejor derecho, los reinos de este mundo, que les brindaron sus frutos, y los hicieron señores de la tierra.

Alegría y fe, fuerza dinámica, que vence todos los obstáculos, que pasa todas las barreras, talismán que troca la tiniebla en luz, la miseria en opulencia, el polvo en oro.

Germen de renovación y de esperanza, manantial de ilusión, principio divino, puesto en nuestras almas, para embellecer la vida.

A la alegría y a la fe hemos consagrado nuestra fiesta, dándole un símbolo verídico y hermoso, que es la imagen misma de sus virtudes: la vendimia.

Simpática expresión, evocadora de tantas emociones. Envuelve en su concepto toda la gama de una industria, desde la parra y el labriego, allá en el campo, hasta la botella añeja, que aguarda sobre la mesa, tendida en la canasta, arrojando sus viejos pergaminos señoriales, en densas telarañas.

Por la vendimia hemos coreado nuestros himnos, puesto a contribución cantores, poetas y oradores, y reunido al pueblo. Para festejar su triunfo, se han congregado grandes personajes, y el ambiente de toda la Provincia ha clarinado con cánticos y danzas.

Incorporada está la fiesta a nuestra tradición, que no por ser austera, merece menos llevar esta risueña flor, prendida en su guirnalda de trabajo y gloria.

Fiesta de la Vendimia, nació apenas, y ya corre el soplo de su canción alegre por pampas y quebradas, como la brisa fresca que levanta el sol por la mañana.

Al conjuro de su propia magia, gana la ciudad, luego el camino, y de aldea en aldea, va esparciendo optimismo en las almas, juventud en los corazones.

Moderno Atila, al paso de su caballo todo lo cambia: pesimismo en fe, tristeza en alegría, desilusión en esperanza; pero es que lleva un corcel enjaezado con los prestigios, mil veces milenarios, del pasado.

Es la fiesta de la uva y del vino, que allá en la más remota historia, celebró en el Arca de Noé, el resurgir de la vida.

Es la fiesta de todas las épocas y de todos los pueblos, que a través de los siglos, cantaron bardos y poetas, sin agotar jamás la hebra de sus ensueños.

Es la fiesta del trabajo, que después de realizar sus bodas con el surco, celebra la belleza del fruto concebido, donde se mezcla, en íntima armonía, el vigor del suelo, la nieve de las cumbres y el sol de nuestro cielo.

Sol y nieve, nieve y sol; enemigos en la montaña, se

acercan y entrelazan a lo largo de los ríos y canales para engendrar, en un frenesí de amor, que Dios bendice, los jugosos racimos, impregnados con la savia generosa de la tierra, y coloreados con todos los matices del arco iris.

Racimos negros, color azabache, brillantes como las pupilas de las mujeres de los trópicos; o mate, como noche sin luna; tersos y rosados, como piel de niña adolescente; pálidos, semejando el tinte de auroras invernales, o rojo púrpura, al igual de los ocasos de otoño; grandes o pequeños; de granos turgentes, como senos de una madre joven, o blandos y flácidos, como párpados cansados.

Racimos apiñados, como una multitud frenética, o sueltos y dispersos, como gotas de lluvia, cuando preludia la tormenta; ácidos o astringentes; dulces o aterciopelados; perfumados de mil maneras; siempre sanos, hermosos e incitantes. Racimos llenos de néctar, son la fuente encantada, donde surge el milagro.

De ellos nace el vino, rey sin fronteras, cuyo cetro invicto, al mundo entero, dió la vuelta.

Sin duda es rey, y por su alcurnia, que no igualan los grandes de la tierra, son infinitos los problemas que su vida encierra.

Empiezan en otoño, con el cultivo de las viñas. Es necesario arar, podar luego. Atar, amugronar, arreglar canales, maderas y alambrados. Más labores y más riego. Cada palmo de tierra hay que cuidarlo; cada cepa, cuatro mil veces por hectárea, presenta su problema.

La dulce primavera, que tanto alegra el alma, con su retoñar de vida, inicia la angustia. Apunte el brote, y ya el cielo, sobre su tierna morbidez, cierne la muerte.

Malvada y traicionera, la helada, como los felinos de la selva, acecha su hora, y cae de golpe, imprevista, arrasando a veces la esperanza, sin dar siquiera tiempo al viñatero, para hacer marchar sus humaredas.

Pasa el peligro, el sol calienta más, los pámpanos robustos no temen la alborada. Con premura hay que volver a arar, regar sin tregua, envolver, despampanar, defender con líquidos y polvos planta y fruto de las plagas y esperar que el viento no marchite el polen antes de que cumpla su misión sagrada.

Ya está el racimo; crece; ya se notan los primeros tintes; son, como las gracias de los niños, motivo de admiración y de alegría. El viñatero, padre feliz, los mira con deleite, comentando al vecino la dicha de esta precoz infancia, mientras el cielo despejado, límpido y sereno, cubre de un manto azul, el verde panorama.

Reina la paz en los campos y la fe en los corazones...

Pasa una sombra, el brillo de la luz se apaga; un sordo rumor, lejano un, se mezcla al murmullo de las hojas. Es la tormenta que se levanta.

Siniestros nubarrones, espesos, negros, surgen de la nada en un instante. La atmósfera se carga con efluvios, eléctricos, magnéticos, que tienden los nervios como cuerdas.

El cielo encapotado, parece más denso que la tierra.

Enormes goterones, precursores fatídicos del diablo, golpean espaciados, como granos de plomo, dejando un hoyo sobre la tierra blanda.

De golpe, un fulgor deslumbrante cruza el espacio, retumba el trueno, y aun antes de apagarse el eco, cae el flagelo!

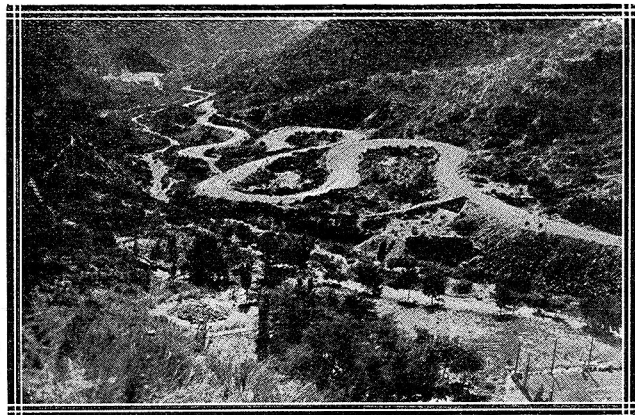
Cuántas horas de angustia pasa el viñatero mirando el cielo. Si la suerte lo mima, llega por fin con sus racimos a la vendimia.

Es media jornada aun, mil problemas lo esperan, la naturaleza, inexorable como las horas, no se detiene. Las uvas deben llegar maduras y frescas al lagar. El tiempo apremia.

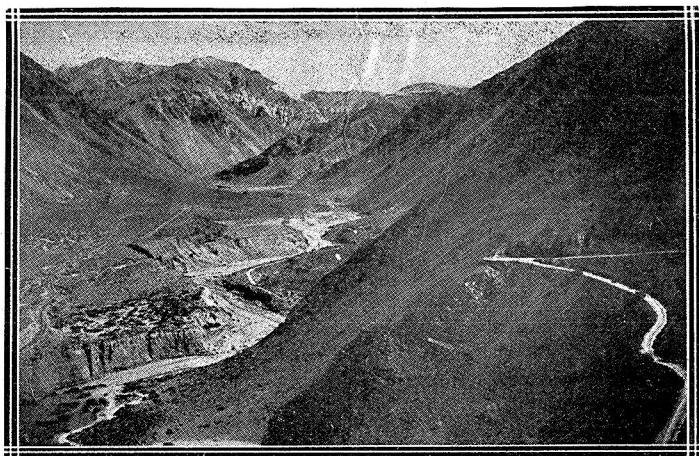
LA QUINCENA SOCIAL

Más de 3.000 kilómetros de caminos magníficos

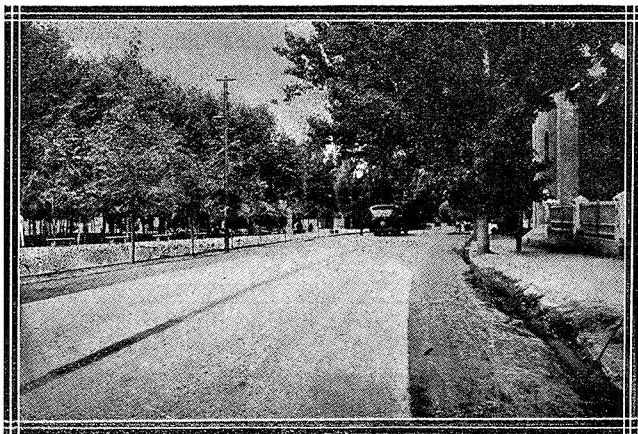
Aspectos soberbios de la vialidad provincial, donde el viajero recorre suavemente y a grandes velocidades, extensiones inmensas entre arboledas opulentas y panoramas deslumbrantes



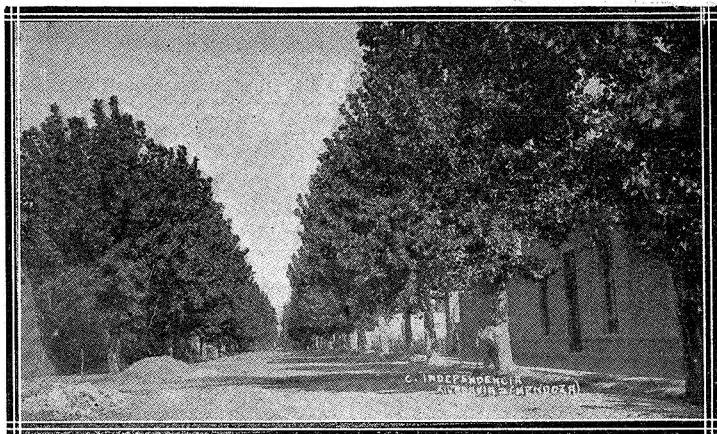
Los Caracoles, en el camino al llegar a Villavicencio donde se inicia la sucesión de paisajes precordilleranos.



En plena cordillera, el Río Mendoza y el camino internacional a Chile.



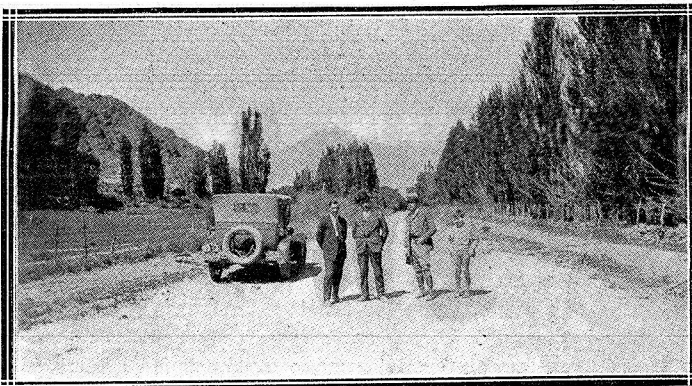
Camino asfaltado a Luján de Cuyo.



Los caminos mendocinos, rectilíneos, limpios, circundados de reverdecientes y coposas arboledas que brotan al mágico conjuro de las acequias cantarinas.



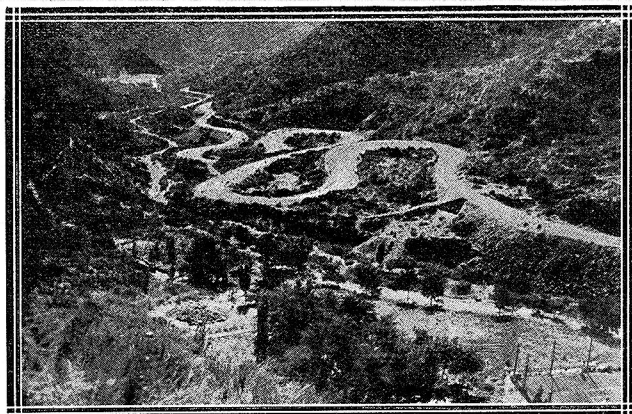
Camino de concreto asfáltico Luján-Blanco Encalada



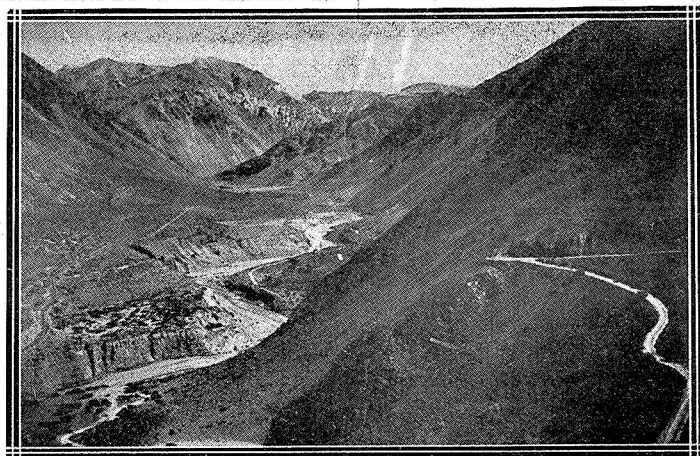
Avenida principal del valle de Uspallata.

Más de 3.000 kilómetros de caminos magníficos

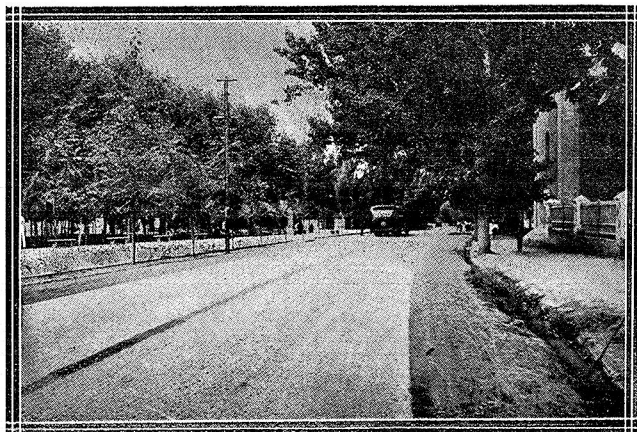
Aspectos soberbios de la vialidad provincial, donde el viajero recorre suavemente y a grandes velocidades, extensiones inmensas entre arboledas opulentas y panoramos deslumbrantes



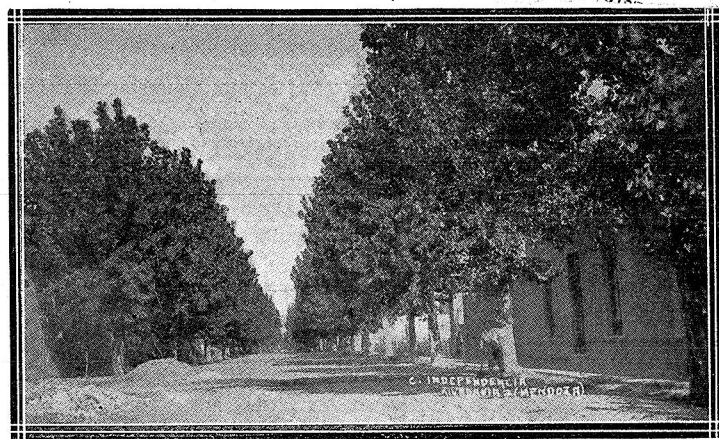
Los Caracoles, en el camino al llegar a Villavicencio donde se inicia la sucesión de paisajes precordilleranos.



En plena cordillera, el Río Mendoza y el camino internacional a Chile.



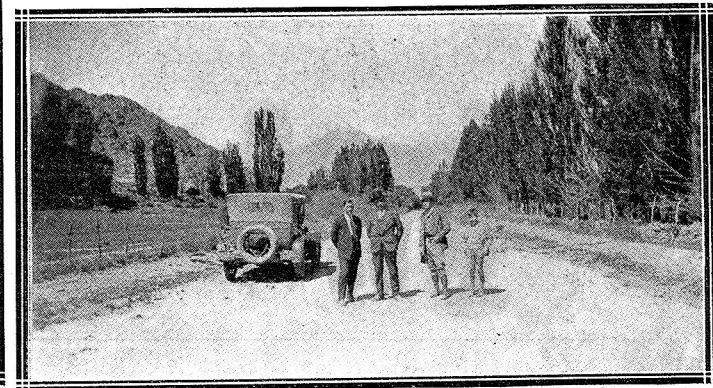
Camino asfaltado a Luján de Cuyo.



Los caminos mendocinos, rectilíneos, limpios, circundados de reverdecientes y coposas arboledas que brotan al mágico conjuro de las acequias cantarinas.



Camino de concreto asfáltico Luján-Blanco Encalada



Avenida principal del valle de Uspallata.